

Presentación

José Antonio Marín-Casanova

Las comunidades de conocimiento y acción en el ciberespacio

El conocimiento ya se lo entienda al modo clásico, como saber contemplativo, como teoría, ya al modo moderno, como saber operativo, como praxis, ha sido la secular herramienta de supervivencia de nuestra especie, quizás un instinto antes que una “facultad”. Ese instrumento sólo ha sido válido y valioso cuando ha generado valor. El útil cognitivo genera valor cuando es transmitido o transformado, pues se comparte o se hace común.

Cuando la especie humana vivía en el espacio, es decir, en la naturaleza, o sea, cuando la humanidad no era aún la Humanidad y no vivía en la Historia (no tenía tiempo para ello), esto es, durante la mayor parte de la Historia, la forma de transmitir el conocimiento era la práctica mimética: a través de la imitación de la conducta se reproducía y trasladaba el conocimiento de generación en generación. Entre la muda gestualidad o la copia de un paradigma práctico se abre camino, más tarde también, complementándolas o reemplazándolas, la palabra hablada. En efecto, la expresión oral ha sido la forma predominante de manifestación del conocimiento. Sin embargo, más “recientemente”, apenas hace unos milenios, cuando la especie se hace humanidad y entra en la (conciencia de) la historia, el conocimiento se plasma también y preferentemente por escrito.

En efecto, la humanidad se hace Humanidad cuando pasa a vivir en el tiempo, cuando deja la simultaneidad espacial y asume la sucesividad temporal, que es la de la escritura (y la de las Escrituras en tanto que esta gesta es principalmente de raigambre bíblica, es el esquema o marco conceptual judeocristiano). En la palabra escrita se deposita el conocimiento. De ahí los libros sapienciales. Se sabe por escrito. Y el saber se comunica gráficamente.

Ese grafocentrismo cognitivo propio de cuando, al absorber la naturaleza dentro del proyecto intencional de la humanidad, el humano abandonó la conciencia natural en favor de la histórica, se hipertrofió cuando en la llamada Modernidad el conocimiento se hizo ciencia, la ciencia, empresa, y la empresa, impresa. La Ciencia moderna, el capital y la imprenta son fenómenos gemelos. Esta triple alianza, verdadera moderna trinidad (sin misterio esta vez), ha sujetado y configurado el mundo moderno, el mundo heredado.

Ahora bien, ese mundo ya no es el nuestro, al menos, no del todo. Nuestro mundo ya no es “nuestro” mundo. Para quitar las comillas habría de haber un sujeto, cosa que hoy se ha hecho problemática con la crisis del modelo humanista, el cual es puesto en cuestión cuando las grandes configuraciones de sentido son puestas en cuestión. Y esto se agrava cuando no son ya las ideas las que desafían a los metarrelatos, sino un hecho, el hecho neotecnológico. Las TIC desafían al sujeto moderno, al Hombre del Humanismo, desde el momento y hora en que están produciendo la inversión de la relación medio/fin. El sistema tecno-científico es cada vez más un fin en sí mismo y, en consecuencia, no nos deja pensar la técnica como un instrumento al que el humano dote de finalidad (ése era el fin de la praxis política como “técnica regia”). Y cuando la técnica muestra su carácter afinalístico, la historia llega a su fin, un fin que viene a identificarse con su disolución en el fluir insignificante del tiempo. Cuando ya no hay historia cualitativamente connotada el tiempo se resuelve en mera cantidad y se desvanece el Sujeto. El espacio de la proyectualidad se vacía: no hay proyecto sin referencia a un sujeto así como no hay sujeto sin referencia a un proyecto. Por eso la técnica, nuevo

“sujeto” del tiempo, es sin memoria histórica. Su memoria es sólo procedural y siempre “externa”, un dispositivo periférico.

Esta nueva condición, la condición postmoderna, no puede menos que afectar al conocimiento. A su noción misma y a su transmisión. Hoy el fenómeno de las redes sociales hace que el conocimiento cambie de naturaleza y que el proceso de su adquisición y difusión haya alterado su modo de expresión y generación, desbordando los marcos habituales, sobre todo, los reglados. La experiencia finisecular de las nuevas tecnologías ciertamente ha provocado un cambio en la concepción y gestión del conocimiento que reta a la Academia. Los medios tienen un protagonismo cognitivo inusitado en la llamada Postmodernidad permitiendo reducir el espacio y el tiempo para acceder al conocimiento y su propagación, alterando así, pero también ampliando y enriqueciendo, los procesos de un conocimiento que es cada vez más acción de conocimiento. Y ello hasta el punto de que esos medios no pueden ser juzgados nostálgica o reactivamente como si supusieran una mera distorsión o disfunción de la dinámica gnoseológica. Antes al contrario, no se puede perder de vista que los medios ciberespaciales y las comunidades de conocimiento y acción por ellos mediadas son ellos mismos un síntoma del cambio que ya se ha producido en ese proceso hasta llegar a convertirse en referentes de primera magnitud en el ámbito del propio conocimiento.

Y es que esas comunidades, creadas a través de las redes de telecomunicaciones, propician una honda transformación de la gestación de conocimiento en muchos sentidos concretos. Primeramente producen la ruptura de canales usuales tales como las inversiones estatales o privadas, proyectos estándar de investigación y política científica sobre el I+D+i. Un caso paradigmático es así el software libre, la producción de sistemas operativos completos como Linux o software específico como Open Office o Firefox. Las comunidades de conocimiento y acción se caracterizan también por la hibridación no sólo de software sino también de contenidos como es el caso del denominado “conocimiento libre” como Wikipedia y otros fenómenos similares. Estas comunidades, algunas de ellas extraordinariamente activas y exitosas, comparten en sentido estricto una estructura comunitaria con códigos de valores, éticas y organización política. Lo que estas comunidades están demostrando es una forma de arquitectura social diversa, cuyo factor de cohesión es precisamente la producción y expansión del conocimiento por canales telemáticos y con características propias, como por ejemplo la transmisión “vírica” de actitudes o posturas ante el fenómeno tecnológico. El lenguaje que las une presenta unas características retóricas definidas. Asimismo están generando una ética muy particular, a veces sin teorizar, pero perfectamente delimitada en su práctica. Esta ética adquiere un rango de política cuando estas organizaciones se presentan como alternativas a otras formas de producción del conocimiento como es el caso del software propietario y el copyright intelectual.

Quizá ya resulte superfluo señalar que, además de estas comunidades que podríamos denominar “fuertes”, con objetivos claramente definidos y políticas nítidas, han surgido grupos y comunidades más difusas, “débiles”, basadas no tanto en la colaboración con proyectos tecnológicos o de difusión del conocimiento como en la compartición de informaciones e intereses de índole social. Esto es lo que se denomina generalmente como web social o web 2.0. You Tube, FaceBook, Pikasa, Twitter, MySpace, etc. mancomunan de este modo a individuos y grupos que se unen por razones distintas. Existen palmarias conexiones entre comunidades fuertes y débiles; las primeras son las que han facilitado en gran medida la popularización de los métodos y procedimientos para constituir las redes sociales.

Es menester que el pensamiento dé respuesta precisa a los desafíos que suponen en la actualidad las nuevas formas de conocer dentro de la creciente complejidad social, la globalización y

la cultura mediática o tecnocultura. Se trata de centrarse en la realidad tanto de lo que está ocurriendo en este momento como de lo que con bastante probabilidad ocurrirá en un futuro, lo que comporta a su vez investigar sobre un filón de producción de conocimiento que está adquiriendo enorme importancia. Se pronostica que, en su conjunto, más del 80% del contenido de Internet será producido por usuarios agrupados en diversas comunidades, antes que en empresas o corporaciones privadas. Esta producción de contenido, se espera, alcanzará todo tipo de conocimientos, desde el científico al artístico, pasando por el social, el cultural, etc. De hecho, hay ya bancos de pruebas para determinados conocimientos técnicos, como por ejemplo los efectos de medicamentos en grupos de pacientes que se unen en foros, blogs o listas de distribución, conocimiento que es seguido y depurado por compañías farmacéuticas. Estos “bancos de conocimiento” son realizados por individuos no necesariamente expertos en la materia y cuyo lazo de unión es la enfermedad entendida como nexo social. Por ello, comprender el funcionamiento de estas comunidades significa anticipar determinados cambios sociales que previsiblemente serán relevantes en un futuro aceleradamente más presente.

En este sentido se hace oportuno reflexionar sobre las implicaciones antropológicas, estéticas, éticas, políticas, retóricas y experienciales que conforman estas comunidades. La inteligencia de estas dinámicas permitirá anticipar y comprender mejor la naturaleza de esas redes, encontrar guías de actuación al respecto y, por ende, aportar una pluralidad de dimensiones para conseguir contextualizarlas.

De hecho, Ramón Queraltó ideó y dirigió un Proyecto Nacional de investigación, el FFI2009/07709, “Ciencia, Tecnología y Sociedad: estudio multilíneal de las comunidades de conocimiento y acción en el ciberespacio”, cuyos resultados su prematura y repentina muerte le impidió ver terminados. Los textos que componen este dossier son reflexiones exponentes de la última gran preocupación intelectual de Ramón y aquí los presentamos los autores, integrantes casi todos de ese proyecto de investigación, como pequeño homenaje conjunto a su inmarcesible memoria.